

## XXI

« Despues de la partida de Pedro, Catalina reprendió severamente á Mentschikoff el haberla expuesto á las miradas del czar. Estas quejas acrecentaron el amor del favorito á su esclava. Pedro volvió de Polonia despues de la campaña de Livonia. Se llevó entónces á Catalina, y obligó á su señor á que la ofreciera ricos presentes, vestidos y pedrerías que la hiciesen digna de su favor.

Al aspecto de aquellos trajes y alhajas puestos á su vista por el czar : « ¿ Es regalo de mi antiguo ó de mi nuevo amo? » dijo ella.

— « Mentschikoff te los envia, » contestó Pedro.

« En ese caso, preciso es convenir en que Mentschikoff despide magníficamente á sus esclavas; pero yo no acepto sus presentes. » Devolvióle todo, excepto un anillo de poco valor. « Esto guardo, » dijo, « para recuerdo de sus bondades; en cuanto á mi nuevo señor, no le pido ni quiero sus regalos, lo que ambiciono de él es cosa mucho mas preciosa. » Y al mismo tiempo prorrumpió en llanto y se des-

vaneció, de tal suerte que Pedro se vió obligado á aplicarle algunas esencias para hacerla volver en sí.

Cuando hubo recobrado sus sentidos, el czar le aseguró que aquellas pedrerías eran una memoria de Mentschikoff, que le enviaba aquel regalo de despedida; que le agradecía obrase de aquella suerte, queria que lo aceptase, y que él se encargaba de darle las gracias.

« Esta escena habia tenido lugar en presencia de los dos esclavos que Mentschikoff habia enviado, y de un capitan de la guardia de Preobrajenski, que el czar habia hecho llamar para comunicarle sus órdenes. Cundió por el público la aventura, y muy pronto no se habló mas que de las consideraciones que el czar tenia á esta mujer. Extrañaban todos los que conocian su caracter la refinada galantería que usaba con ella; su conducta parecia tanto mas extraordinaria cuanto que, hasta entónces, sus modales habian sido poco atentos con el bello sexo, aun cuando se tratase de las damas de la mas elevada clase.

« Creyóse por lo tanto que se hallaba muy enamorado de ella. Es verdad que así era. Mentschikoff fué el primero que conoció qué ascendiente iba á ejercer en el ánimo del czar aquella mujer que le fué despues de tanta utilidad. Hay pues motivo para



presumir que en el magnífico regalo que hizo á Catalina, entraba mas cálculo que generosidad.

« El amor, cuando se apodera seriamente del corazón de un hombre, cambia por completo su carácter. Nunca mortal, en materia de galantería, se había picado ménos que Pedro I de discrecion y de constancia.

« Su pasión por Catalina fué la primera y acaso la única, que trató con aire misterioso. En su breve residencia en Livonia, aunque esta mujer estaba en su palacio con conocimiento de todo el mundo, y en un pequeño apartamento contiguo al suyo, ni una sola vez habló de ella ni aun con las personas de su mayor confianza.

« Cuando tuvo que salir de aquella provincia para dirigirse á Moscú, mandó á un capitán de su guardia que la condujese allí con todo el secreto posible, que la tuviera en el camino las mayores consideraciones, que la alojase en casa de una señora prevenida con este objeto, recomendando con instancias que se le diesen durante el viaje noticias diarias de su querida Catalina.

« Esta última circunstancia hizo entrever al capitán cuan profundo y violento era el amor que profesaba el czar á la nueva favorita. En efecto, conocia bastante á su señor para saber que, no solo no pres-

taba tanta atención á ninguna otra mujer, sino que apenas se acordaba, una vez separado de ellas, de las mujeres por las que habia manifestado el mayor entusiasmo.

« Catalina vivia en Moscú, sin ningun aparato. Durante dos ó tres años, habitó en un cuartel desierto y alejado del centro, con una señora de buena familia, pero de condicion y fortuna medianas; la casa tenia poca apariencia por el exterior, pero mucha comodidad en lo interior. Esta señora me comunicó los detalles que voy á referir.

« Instalando su querida de una manera tan modesta, el czar se proponia guardar su relacion amorosa enteramente secreta; ni siquiera consintió en que tratara con otras mujeres. Esta orden era muy del gusto de Catalina, inclinada por su carácter á las cosas grandes, y contraria por consiguiente á los hábitos de las personas de su sexo.

« Este príncipe, naturalmente indiscreto, metamorfoseado de repente en amante misterioso, la veia con mucho sigilo, aunque no dejaba pasar ningun dia ó por mejor decir ninguna noche sin visitarla. A las horas en que la ciudad quedaba desierta se dirigia á su casa de incógnito, acompañado por un granadero que conducia su trineo. La fuerza de su



pasion se puede medir por la violencia que hacia á su carácter.

« Este príncipe era laborioso y tenia muchos negocios. La necesidad en que se veia de trabajar, no solo durante el dia sino por la noche, le obligó mas adelante á prescindir un poco del misterio de sus salidas nocturnas.

« Poco á poco llegó á recibir á los ministros en su casita, conferenciando con ellos en presencia de Catalina, acerca de los negocios mas importantes del Estado. Pero lo que costará trabajo de creer, es, que este príncipe que tenia tan triste opinion de las mujeres, á las que solo creia propias para el amor, llegó á consultar á Catalina cuando estaba en desacuerdo con sus ministros, seguia su parecer, y la trataba, en una plalabra, como se cuenta que Numa Pompilio trataba á la ninfa Egeria. »

El juicio recto, y el claro talento y elevado carácter con que la naturaleza la habia dotado comenzaron á manifestarse así, en todo su esplendor. Desde este instante levantó ella sus pensamientos hasta el trono.

Su marido, soldado de la guardia imperial de Carlos XII, fué descubierto, por las investigaciones que mandó hacer el czar despues de la batalla de Pultawa, entre los prisioneros suecos, conducido á Moscú

y trasportado al fondo de la Siberia para que viviera y muriera allí en la obscuridad.

Catalina abjuró la religion luterana que era la de su familia y adoptó la griega; el cura que acababa de bautizarla, la casó en secreto con el czar, inmediatamente despues de esta ceremonia. Acaecia esto en la época en que Luis XIV se casaba tambien en secreto con la Maintenon, viuda de un poeta burlesco, bendecida por la religion como la Esther de la Francia.

Hácia aquella época, Pedro el Grande, alentado por la victoria que habia ganado á Carlos XII, se disponia á marchar con ciento cincuenta mil hombres contra los turcos. Catalina lo seguia á su campaña considerada aun como la favorita y no como la esposa del czar. Acompañada por una ó dos esclavas, soportaba todas las fatigas y todos los peligros de esta guerra, encerrada, durante el dia en una tienda contigua á la de Pedro el Grande. Por la noche salia para darle los consuelos del amor y las inspiraciones de su genio. Los oficiales y los soldados la consideraban como la providencia oculta del ejército, dulcificando las cóleras de su czar, y dándole consejos de verdadera adhesion. Su popularidad entre los rusos marchaba á la par con el influjo que tenia en el ánimo del czar.



## XXII

Hemos dejado á Pedro el Grande, despues de una marcha temeraria y una retirada inoportuna, al otro lado del Pruth, encerrado en el *Valle desgraciado* por doscientos sesenta mil hombres de Mohammed-Baltadji, á los cuales habia permitido pasar impunemente el Pruth y cercar por todas partes á los rusos. Una batería establecida en un mogote que dominaba el rio, en un recodo por donde el Pruth se acercaba mas á los rusos, no dejaba siquiera á Pedro el Grande la esperanza de cansar á los turcos, encerrándose en sus circunvalaciones. Las balas de cañon podian destrozár las tiendas del czar apénas diera Mohammed-Baltadji la órden de romper el fuego. Los spahis y los tártaros que rodeaban á sus espaldas el bosque, imprudentemente atravesado por su ejército, le cortaban toda retirada. Se puede decir que cien mil rusos y su czar, se hallaban prisioneros ántes de empeñar la accion. Carlos XII, que acudió de Bender al campo de los otomanos, gozaba de antemano con la humillacion de la cautividad de su ene-

migo. Pultawa era vengada por Baltadji. En aquel momento, el amor y el genio de Catalina merecieron la corona que Pedro no se atrevia aun á colocar en su cabeza.

Volvamos á citar al testigo de estas angustias del czar y del milagro de Catalina.

« Tres dias hacia, » dice, « que el ejército carecia de pan y de todo género de provisiones. La consternacion reinaba en el campo hasta tal punto, que los soldados tendidos en el suelo no tenian ya valor para levantarse. El czar, creyéndose irremisiblemente perdido, y no pudiendo siquiera esperar su salvacion empeñando una batalla desesperada, se habia retirado á su tienda, en donde, confuso y desalentado, abrumado de dolor, se entregaba á su abatimiento sin querer ver ni oir á nadie.

« Catalina que le habia acompañado á esta expedicion, entró resueltamente en su tienda, apesar de la órden que habia dado para que nadie penetrase en ella, y despues de haberle hecho comprender cuan importante era mostrar mas firmeza, le dijo que habia un medio que tentar ántes de entregarse á la desesperacion. Ella le demostró que era preciso firmar la paz ménos desventajosa posible, corrompiendo á fuerza de regalos al caimakan y al gran visir; le aseguró que respondia del carácter de estos



dos ministros otomanos, segun la descripcion que de ellos habia hecho el conde de Tolstoy, en multitud de despachos que habia oido leer; indicó un hombre en el ejército capaz de arreglar bien este negocio, añadiendo, que era menester, sin perder momento, enviarlo al caimakan, á fin, de que lo sondease respecto á sus disposiciones secretas.

« Catalina salió de la tienda, sin dar tiempo al czar para que le respondiese y al poco rato volvió con el soldado en cuestion, al cual dió ella misma sus instrucciones en presencia del emperador, quien, á consecuencia del plan propuesto por su mujer, habia comenzado ya á recobrar aliento y aprobándolo despues por completo, hizo partir al enviado con toda diligencia.

« Apenas se halló este fuera de la tienda, la miró con admiracion y le dijo :

« Catalina, el proyecto es maravilloso, ¿pero en donde encontraremos el dinero necesario para seducir á nuestros enemigos, que no se han de contentar con vanas promesas ?

« Aquí mismo, » replicó ella, « tengo conmigo mis joyas, y ántes de que vuelva nuestro mensajero, habré reunido hasta la mas pequeña moneda que haya en el campamento. Todo lo que os pido, es, que no os dejéis abatir y que con vuestra pre-

« sencia reanimeis el valor de vuestros pobres soldados. Vamos, venid á mostraros á las tropas. Por lo demás, dejadme á mí obrar, y yo os aseguro que á la vuelta de vuestro enviado estaré en disposicion de cumplir las promesas que haya hecho á los ministros de la Puerta, aunque fuesen estos mas avaros aun de lo que son. »

El czar la abrazó, siguió su consejo, salió de su estupor, se mostró y pasó al cuartel del feld-mariscal Scheremetof. Entretanto ella monta á caballo, recorre todas las filas, dirige la palabra á los soldados, conferencia con los oficiales y les dice :

« Amigos míos, nos hallamos en una situacion en que no podemos salvar nuestra libertad, sino perdiendo la vida ó abriéndonos paso con un puente de oro. Tomando el primer partido, que consiste en morir defendiéndonos, nuestro dinero y nuestras alhajas, nos son inútiles; empleémoslos pues en deslumbrar á nuestros enemigos, estimulándolos á dejarnos el paso franco. Yo he sacrificado ya una parte de mi pedrería y de mi dinero. Pero esto no bastará para saciar la avaricia de aquellos á quienes tenemos que sobornar. Es necesario que todos contribuyamos, » decia á cada oficial en particular : « ¿qué puedes darme tú ? Entrégamelo ahora mismo. Si salimos sanos y salvos de aquí, recibirás



« centuplicado lo que me des y yo te recomendaré al  
« czar, nuestro padre. »

Todo el mundo, hasta el simple soldado, encantado por sus hechizos, su firmeza y su buen sentido, le trajo cuanto poseía. En un instante se transformó el campamento, convirtiendo su desaliento en valor y confianza. Estos sentimientos subieron de punto cuando el hombre que habia diputado secretamente al caimakan, volvió con la respuesta, de que se podia enviar al gran visir un comisario con plenos poderes para tratar de la paz.

Pronto se arregló el negocio, apesar de las amenazas y las intrigas del rey de Suecia, que informado de la situacion crítica de los rusos, habia venido en persona al campamento de los turcos y no cesaba de estimular al gran visir diciéndole resueltamente :

« No se necesitan mas que piedras para destruir á  
« los enemigos ; yo no te pido otras armas, para en-  
« tregarte el czar y hasta el último soldado de su ejér-  
« cito, muerto ó vivo. »

Aquel mismo dia llegaron diferentes provisiones al campamento de Pedro I. Al siguiente el ejército bien provisto se puso en marcha hácia la frontera de Rusia, á donde llegó en buen estado, y acabó de arruinar los negocios de Suecia, al otro lado del mar Báltico.

## XXIII

Así una esclava de la Livonia salvó al czar y al imperio. Pero si la habilidad y la elocuencia de Catalina arrancaron á los oficiales y á los soldados los presentes necesarios para abrir las negociaciones y evitar el exterminio general del ejército, nada es ménos auténtico ni ménos probable que la supuesta corrupcion del gran visir. Una paz sólida y tan gloriosa como la que firmó á orillas del Pruth, era para el imperio amenazado por todas partes, una conquista sin pérdida de sangre otomana, que valia mas que una batalla siempre costosa, aun cuando fuese de éxito seguro.

Acreditaron esta fábula contra Baltadji el resentimiento furioso é implacable de Carlos XII, sus quejas y sus calumnias. La evaluacion de los supuestos tesoros ofrecidos por el czar y por Catalina, como rescate de los rusos, no se elevó, segun estos mismos, mas que á algunos centenares de miles de rublos, suma miserable y desproporcionada al influjo que se le atribuye sobre la venalidad del gran visir. Las redu-



cidas ofertas de oficiales y soldados que apenas conocían el oro ni la plata, no equivalían á los presentes que la mas insignificante embajada de las Indias, de la Persia ó de Venecia enviaban á cada advenimiento á llenar las arcas del serrallo ó el peculio particular del visir. La política y no la venalidad de Baltadji dictó la paz; los motivos de ella son bien evidentes para quien tiene cuenta de la época, para no comprender ni aprobar esta primera paz sólida de los otomanos con la Rusia.

Los turcos, agotados sus hombres y sus recursos, durante dos reinados, á causa de su larga guerra con Sobieski y el príncipe Eugenio, acababan de perder tres ejércitos en Viena, en Lippa, en Zenta. Amenazados en Dalmacia y en Hungría, atacados hasta en Belgrado, tenían el mas apremiante interés en evitar todo género de hostilidades en Besarabia, para poder dirigir su atención al Adriático y el Danubio; la pérdida del cuarto ejército podia dejar descubierta la misma Andrinópolis. Ellos eran momentáneamente los protectores de Carlos XII, vencido y refugiado en su territorio; pero, en el fondo, el carácter ambicioso é inquieto de este héroe encadenado les inspiraba entonces con razón mas recelos que un czar de los moscovitas, nación que se hallaba todavía en su infancia. Carlos XII, á la cabeza de sus valientes suecos, y

arrastrando en pos de sí á los belicosos polacos, les parecia un vecino mas temible que Pedro Romanof á la cabeza de bárbaros apareciendo y desapareciendo de la frontera de sus bosques. Una paz firme, concluida con el jefe de esta horda, parecia garantizarles con los rusos un contrapeso útil para oponer un dique á los turbulentos polacos, á los vagamundos cosacos del Don, á la preponderancia del Austria. Las condiciones absolutas de esta paz ó mas bien de esta capitulación impuesta á los rusos, garantizaban tambien la inviolabilidad del mar Negro, y lisonjaban bastante el orgullo otomano para quitar al visir todo pretexto de aventurar inútilmente el mejor y el último ejército del imperio en el trance de una batalla, en la que la desesperación podia cambiar el triunfo en una derrota.

Estas fueron las verdaderas y justas inspiraciones del gran visir. Carlos XII, el embajador polaco, Poniatowski, y el khan de los tártaros, Dewlet-Gherai, se opusieron vanamente por interés propio ó de sus respectivos países. Mohammed-Baltadji la dictó tan humillante y absoluta como hubiera podido dictarla despues del triunfo mas completo. Exigió al czar la restitución de Azof, la demolición de Kamienska, de Samara, de Tighan, fortalezas cuyos cañones eran entregados á la Puerta; la renuncia de toda inmix-



tion en los negocios pertenecientes á las tribus de los cosacos; el alejamiento perpétuo de Constantinopla de todo embajador ruso que fatigase con sus intrigas al divan; la libertad del rey de Suecia, Carlos XII, que volveria á sus estados y negociaria una paz separada con el czar; en fin, la libre retirada del ejército ruso sin ser molestado por los otomanos, á condicion de que dejasen en poder del gran visir dos negociadores del tratado y al mariscal Scheremetof, primer lugar-teniente del czar. Tal fué el tratado del Pruth, verdaderas *horcas caudinas* de la Rusia, bajo las cuales el vigor y la discrecion del *leñador* hicieron pasar, sin combate á los ciento cuarenta mil hombres del czar.

Carlos XII entrando en la tienda del gran visir, en el momento, en que el tambor de los rusos y sus banderas desplegadas anunciaban la retirada impune de sus enemigos, se indignó contra Baltadji: «¿No deberias,» le dijo, «haber llevado cautivo al czar á Constantinopla?»

«—Y quien, pues,» le contestó irónicamente el visir, «¿hubiera gobernado su pueblo durante su ausencia?»

A esta réplica, en la que Carlos XII descubrió con fundamento una alusion irrisoria á la locura, que le habia hecho á él mismo abandonar sus estados, se

tira con las botas puestas sobre el divan, enreda de intento sus espuelas en el traje del visir, se lo desgarrá, se levanta, monta á caballo y galopa con furor hasta Bender. El impasible *leñador* perdonó á la desgracia y á la decepcion este insulto, y sin murmurar ninguna queja, fué á hacer su oracion y sus abluciones delante de su tienda. Tenia bastante gloria para poder despreciar una afrenta.

## XXIV

Pero ántes de acompañar al visir, á su entrada triunfal en Constantinopla, anticipémos un momento á los acontecimientos, y sigamos al czar en su viaje lleno de humillacion á Moscú, y á la czarina, en su creciente fortuna.

El mismo documento secreto que nos ha iniciado en los misterios de la corte del czar Pedro, al principio de su vida, nos los revela hasta su muerte. No se puede apartar el pensamiento de este Mitridate de los otomanos.

«Júzguese,» dice el analista íntimo, «de la impresion que la conducta de Catalina, produjo en la



imaginacion y en el ánimo de los soldados. No se oía mas que el rumor de los elogios debidos á su mérito y á sus servicios. El czar, cada vez mas enamorado de sus brillantes cualidades, no cesaba de alabarlas, públicamente le hacia la justicia que le era debida; y cuando llegó á sus estados, la recompensó dando publicidad á su matrimonio, á pesar de los esfuerzos verdaderos ó simulados que ella hizo para impedirlo. Aun mas, á fin de dejar á la posteridad un monumento de la gloria que ella habia conquistado á las orillas del Pruth, instituyó en su honor la orden de Santa Catalina, nombrándola jefe de ella. » Dirigiéronse á San Petersburgo, en donde se renovó por decirlo así, la ceremonia de la coronacion con las fiestas celebradas á su regreso.

El imperio resonaba aun como el ejército, con el nombre salvador de Catalina, cuando el azar, rasgó de repente el velo, que encubria á los ojos de los rusos el origen de esta princesa. He aquí la aventura que tuvo lugar tres meses despues de la coronacion de Catalina.

« Un paisano, mozo de cuadra de una posada de la Curlandia, que estaba borracho, se trabó de palabras con otros de su condicion, no ménos embriagados que él. Un enviado extraordinario del rey de Polonia, que de vuelta de Moscú para Dresde, se habia deteni-

do casualmente en la dicha posada, fué testigo de esta disputa. Aplicó el oido, y oyó á uno de aquellos borrachos, que al paso que juraba contra los otros, murmuraba entre dientes, que si quisiera decir una sola palabra tenia parientes bastante poderosos para hacerlos arrepentir de su insolencia.

« El ministro, sorprendido del discurso de este mozo, se informa de su nombre y de lo que puede ser. Respóndele que un simple paisano polaco, criado de cuadra de la casa, llamado Cárlos Skawronsky. Lo mira atentamente, y á fuerza de considerarlo, descubre en el conjunto de sus groseras facciones una semejanza remota con las de la emperatriz Catalina, aunque estas fuesen tan delicadas, que ningun pintor logró sacar su perfecto retrato.

« Admirado de este vago parecido, tanto como de las palabras del campesino, el enviado extraordinario habló de ellas chanceándose, inocente ó maliciosamente en una carta que escribió allí mismo á uno de sus amigos de la corte de Rusia. Su contenido llegó, no se sabe como, á conocimiento del czar, que tomó apuntes de los datos especificados en la carta, y los trasmitió al príncipe Repnin, gobernador de Riga, con orden, sin decirle para que, de hacer buscar á Cárlos Skawronsky, de inventar un pretexto para que se le presentara, apoderarse de su persona



y enviarlo sin dilacion al tribunal de policía de la corte, como apelante de una sentencia dada contra él en Riga.

« El príncipe Repnin ejecutó las órdenes del czar al pié de la letra. Trajéronle á Carlos Strawonsky, fingió instruir jurídicamente un proceso contra él, con pretexto de una querella y lo envió á la corte bien escoltado con las supuestas informaciones hechas sobre su persona.

« Este hombre se presentó ante el teniente general de policía, quien prevenido por el czar, difería á propósito el negocio á fin de examinarlo minuciosamente y poder dar cuenta exacta de todo lo que descubriera. El pobre extranjero se desesperaba de no ver el fin de su negocio; seguía la policía sin que él lo supiera, hacíanlo hablar, y en virtud de sus revelaciones se prescribían en Curlandia secretas pesquisas que dieron por resultado el descubrimiento de que era hermano de la emperatriz Catalina.

« Cuando el czar se persuadió de esto, hizo instaurar á Carlos Skawronsky, que debia, puesto que no podia obtener justicia del teniente general de policía, presentar un memorial al czar en persona. Asegurósele, que con este objeto, se le procuraría la proteccion de personas elevadas, que le facilitarían los

medios para poder hablar al príncipe y que apoyarían al mismo tiempo su justa demanda.

« Los que manejaban esta intriga preguntaron al czar cuando y en donde queria que se le presentara este individuo. Respondió que iria el mismo dia á comer de incógnito en casa de uno de sus reposteros, llamado Chapiloff, y que se tratara de hacer que Carlos Skawronski se hallara allí al salir de comer. Así se hizo, y en el momento oportuno fué introducido furtivamente en la habitacion en que estaba el czar.

« Recibió la peticion y examinó al suplicante en tanto que aparentaba explicarle el negocio. Las respuestas de Skawronsky á las preguntas multiplicadas del czar, aunque dadas con alguna turbacion, fueron sin embargo bastante claras para hacer conocer al emperador que aquel hombre era indudablemente el hermano de Catalina.

« Satisfecha su curiosidad sobre este punto, despidió bruscamente al paisano, diciéndole que se veria lo que se podría hacer por él, y que volviese al dia siguiente á la misma hora. Cenando aquella noche con Catalina le dijo :

« — Hoy he comido en casa de nuestro repostero « Chapiloff, y he tenido una mesa deliciosa. Es un « compadre que se trata bien. Es preciso, Catalina,



« que te lleve allí algun dia. ¿Quieres venir mañana?

« — No tengo inconveniente, » respondió la czarina.

« — Pero es menester hacer, » dijo él, « lo que he hecho hoy, sorprenderlo cuando vaya á ponerse á la mesa, y presentarnos allí solos. »

« El proyecto formado por la tarde fué ejecutado al dia siguiente. Fueron á casa de Chapiloff, y despues de la comida, introdujeron á Cárlos Skawronsky en el aposento donde se hallaban los emperadores. El suplicante, tembloroso y balbuciente se acercó al czar, quien, fingiendo haber olvidado todo lo que le habia dicho, le hizo las mismas preguntas que el dia anterior. Pasaba esta conversacion en el antepecho de una ventana, y la czarina, sentada no muy léjos, no perdía una sola sílaba de ella. A medida que el pobre Skawronsky respondia, el czar, como para estimular la atencion de esta princesa, no cesaba de repetirle :

« — Catalina, escucha esto. ¡ Y bien! ¿ No comprendes estas palabras?

« Ella respondió, cambiando de color y balbuciendo :

« — Pero...

« El czar repuso :

« — Si tú no lo comprendes, yo lo comprendo muy bien; ese hombre en una palabra, es tu hermano.

« — Ea, dijo á Cárlos, bésale el extremo de su falda en calidad de emperatriz, y despues abrázala como hermana tuya.

« Al oir esto Catalina, confusa, y pálida se desvaneció. Trajeron esencias para hacerla volver en si, siendo el czar el mas solícito de todos. Hizo cuanto pudo para tranquilizarla, y cuando la vió un poco repuesta :

« ¿ Qué mal tan grande hay en esta aventura? le dijo. ¡ Enhorabuena! Es mi cuñado; si es hombre probo é inteligente, harémos de él alguna cosa. Consuélate pues, que no veo en esto nada que pueda afligirte. Hémos al fin orientados acerca de una materia que nos ha dado mucho que hacer. Vámonos ahora.

« La czarina levantándose, pidió permiso para abrazar á aquel hermano, tan milagrosamente hallado, y rogó al czar que les acordara la continuacion de su favor.

« Se mandó á Skawronsky que permaneciera en aquella casa, y se le aseguró que no careceria de nada. Además se le encargó que saliera poco y que se conformara en todo, con los consejos de su huésped. Supónese, que la czarina se sintió un poco mortifi-



cada y humillada con este reconocimiento, y se cree, que á haber estado en su poder, cuando ménos hubiera escogido un sitio mas conveniente para una escena de esta naturaleza.

« De esta suerte, por la aventura inopinada que acabo de referir, fué descubierto el misterio del nacimiento de Catalina, en el momento mas impensado. Pero la fortuna, que juega continuamente con el destino de los mortales, elevándolos ó abatiéndolos á su antojo, parece que echa en cara sus beneficios á los que mas eleva, y que se complace en perturbar la felicidad de los poderosos de la tierra, recordándoles la nada de donde han salido, ofreciendo así un consuelo á los que la fortuna ha maltratado, probando á todos que son hermanos apesar de la diferencia de su posicion en el mundo.

## XXV

« Apenas se vió Catalina sentada en el trono, su corazon, que no tenia ya que ambicionar nada, se dejó subyugar por el amor. A despecho de las leyes sagradas de su matrimonio con un príncipe de carácter

tan temible, y que por decirlo así, se había olvidado á sí propio casándose con ella, no temió hacerle una infidelidad tan torpemente manejada, que la puso en peligro de verse precipitada de la cumbre de los honores, al abismo de la mas horrible ignominia.

« Recuerdo que al principio de esta intriga, habiendo estado en la corte, y no sabiendo nada de lo que pasaba entre la czarina y su gentil-hombre Moens de la Croix, no solo sospeché estas relaciones al verlos juntos, sino que no me quedó de ello la menor duda. Y sin embargo, no los ví mas que en público y en un dia, en que habia un gran concurso en la corte. Jamás he comprendido mejor que en aquella ocasion, cuán ciego es el amor, y que dificilmente se disimulan sus impresiones.

« Poco le ha faltado para que el emperador haya llevado el exceso de su furor hasta matar á los hijos que habia tenido de ella. Sé por una señorita francesa, que servia á las princesas Ana é Isabel, que el czar, volviendo un dia de la fortaleza de Petersburgo, en donde se instruia el proceso de Moens de la Croix, entró de repente y solo en la habitacion de estas jóvenes princesas, que se ocupaban en trabajos propios de su edad y de su sexo, con otras señoritas colocadas á su lado para su educacion y entretenimiento.

« Tenia el czar, » me dijo esta señorita, « el aire



« tan terrible y amenazador, que todo el mundo se  
« aterró al verlo entrar. Estaba pálido como la  
« muerte, y tenia los ojos echando fuego. Agitaban  
« su rostro y todo su cuerpo temblores convulsi-  
« vos. »

« Paseóse muchos minutos por la habitacion sin hablar una palabra, dirigiendo miradas terribles á sus hijas, que trémulas y asustadas, se fueron suavemente y se refugiaron, con todas las personas que les acompañaban, en otra habitacion.

« El emperador sacó y metió mas de veinte veces en la vaina el cuchillo de caza, que llevaba constantemente consigo. Hirió con él las paredes y la mesa diferentes veces, haciendo gestos y contorsiones tan horribles, que la señorita francesa, única que no habia podido escaparse, no sabiendo que hacer, se ocultó debajo de la mesa, en donde permaneció hasta que el czar hubo salido. Esta escena muda duró cerca de media hora, durante la cual no hizo mas que dar bufidos, puñetazos y patadas, tirar al suelo su sombrero y todo lo que se le venia á la mano. Por fin, al salir empujó con tanta fuerza la puerta, que la rompió.

« Felizmente para la esposa adúltera, el emperador murió en este intervalo. Sin este acontecimiento imprevisto, Catalina hubiese perecido infaliblemente, mas tarde ó mas temprano, víctima de las justas que-

jas de su marido. Tal és al menos la opinion unánime de todos los que trataban de cerca á Pedro I, y que conocian mejor su carácter.

« Esto no obstante, no partió para el otro mundo sin haber satisfecho su venganza, sino del todo, á lo ménos en alguna parte. La ejerció sobre el amante de una manera completa, mandándole cortar la cabeza por supuestos crímenes. Diez ó doce dias despues de la ejecucion, obligó á la emperatriz á cruzar la plaza, en la cual se hallaban todavía espuestos el cuerpo y la cabeza de este desgraciado, esta clavada en una pica, y dirigió su paseo de manera que la hizo tocar el cadalso con los pliegues de su vestido. Catalina estaba tanto ménos preparada á este horrible espectáculo, cuanto que el emperador le habia dicho al salir de su palacio, que la llevaria á un punto retirado, en donde solian pasearse á menudo en trineo descubierto. Llevó la crueldad hasta el punto de mirarla fijamente todo el tiempo que emplearon en atravesar la plaza; pero ella tuvo bastante serenidad para contener las lágrimas y no dar muestras de ninguna emocion.

« Yo sé que esta aventura, ha dado lugar en Rusia y otros países, para sospechar que Catalina habia evitado la venganza de su marido haciéndolo envenenar. Aunque verosimil, esta suposicion fué falsa. Este



príncipe murió de una inflamacion que habia contraído á causa de su vida desordenada. »

Aunque sin títulos para ocupar el trono, Catalina le sucedió como emperatriz, por el favor del pueblo, y la complicidad de su antiguo amante Mentschikoff, á la sazón mariscal del imperio. Ella sintió ó afectó un gran dolor á la muerte de su marido. La abundancia de sus lágrimas admiraba á los rusos. Por lo demás era una de las mas hermosas lloronas que se han podido ver ó imaginar.

Amó al conde Sapieha, caballero polaco, jóven muy hermoso. Ella lo hizo casarse con su sobrina, hija del hermano de quien hemos hablado mas arriba, para tener un pretexto de guardar constantemente á su lado á este jóven. Murió de consuncion, despues de dos años de reinado dejando todavía las riendas del gobierno á Mentschikoff, que conspiraba secretamente en favor del gran duque de Moscovia, hijo legitimo de la emperatriz Eudoxia, primera mujer de Pedro el Grande.

## XXVI

La historia de este favorito, dos veces árbitro de tan vasto imperio, no es ménos extraña que la de Catalina,

y recuerda igualmente en el Norte de Europa las peripecias del Oriente.

« El príncipe Mentschikoff, » prosigue la narracion, « nació en Moscú, sin que sea posible determinar exactamente el año de su nacimiento. Su padre, simple paisano, ganaba su sustento vendiendo pastelitos sobre la plaza del Kremlin, donde habia establecido una tiendecilla. Cuando el hijo llegó á la edad de trece ó catorce años, le enviaron por las calles á vender pastelillos, que ofrecia á los aficionados en una bandeja. La mayor parte del tiempo la pasaba en el patio del palacio, por la razon bien sencilla de que allí encontraba mas compradores que en las otras plazas y cantones de la ciudad.

« Segun se dice, era bastante bello en su juventud, y poseia un humor jovial, con el que divertia á los soldados de la guardia del czar. Pedro I era de la misma edad que él, y las agudezas del pastelero habian divertido á menudo al príncipe, que tenia frecuentes ocasiones de verlo por las ventanas de su apartamento.

« Un dia que gritaba porque un strelitz le tiraba de las orejas mas fuerte que de costumbre, el czar envió á decir al soldado, que suspendiera sus malos tratamientos, y mandó subir al niño á su habitacion para divertirse con él algunos momentos. Presentóse